

Woodcut by Mary Azarian



## LA OMA

*cuento por Carmen Rodríguez*

## OMA

*a short story by Carmen Rodríguez*

**M**argarita me había dado paquetitos para toda la parentela. “Este es para el tío Federico y éste para los hijos de la tía Hilde, y si podés te vas a Beccar a lo del tío Juan y él te puede llevar donde la Oma”. Y aquí estaba, ya casi por tomar el avión de vuelta a Canadá y todavía no había ido, ni había repartido los paquetitos, ni nada.

Después de 14 años de exilio, yo había vuelto a Chile con el corazón en la boca y la nariz llena de aromas. Unas cuantas semanas tendrían que bastar para remendar heridas milenarias, llenar espacios, encontrar hilos perdidos, desenredar recuerdos, mirar el Pacífico austral y repartir paquetitos a mi propia familia. Ahora, el paquetón que llevaba en el pecho guardaba una maraña fresca de heridas nuevas, en vías de convertirse en bomba y explotar en el momento menos oportuno.

Lo único claro en este Buenos Aires de enero era el recuerdo gigantesco de la cordillera pasando por la ventanilla del bus, mientras yo, empapada de sudor, recorría Florida y Lavalle buscando a mi madre, parada en la puerta de la casa de Limache.

“Hola, sí, sí recibimos la carta, estábamos esperando que llamara. Cómo no, los esperamos en la estación a eso de las dos, entonces... Tenemos un auto azul”. Margarita me había contado que el tío Juan se lo había sacado en una rifa, hacía veinte años. “De otra manera, nosotros nunca habríamos podido tener auto”, explica la tía Annie, mientras nos subimos al impecable Chevrolet que allá en el norte se habría transformado en auto de colección.

**B**efore leaving, Margarita had given me little parcels for the whole family. “This one is for Uncle Federico and this one for Aunt Hilde’s kids, and if you can, go to Beccar to Uncle Juan’s and he’ll take you to El Tigre to Oma’s house.” And here I was, almost on the plane that would take me back to Canada and I still hadn’t called, or gone, or given out the parcels; nothing.

After fourteen years of exile I had gone back to Chile with my heart in my mouth, longing for the familiar smells that meant home. I only had a few weeks to begin to stitch up old wounds, to fill in spaces, find lost threads, untangle memories, look at the other end of the Pacific Ocean and give presents to my own family.

Now, arriving in Buenos Aires, there was a mesh of fresh wounds wrapped up in my chest. I could feel them working, forming a bomb that could explode at the least opportune moment. The memory of the Andes as they had passed by the bus window on my way here was still huge in my mind; and walking down Florida and Lavalle, soaked in January sweat, I searched for the face of my mother, the way I had left her, standing at the door of her Limache house.

“Hello, yes, yes! we received the letter; we were expecting your call. Of course, we will be waiting for you at the station... around two o’clock?... We have a blue car.” Margarita had told me that Uncle Juan had got it in a raffle twenty years ago. “Otherwise, we would have never been able to have a car!” Aunt Annie explains as we get into the impecable Chevrolet, which up North would have already become a collector’s item.

La casa queda a sólo dos o tres cuadras. Una casita de ladrillos con tejas rojas. "De las refractarias...", explica el tío Juan. Repartimos los paquetitos y nos tomamos unos mates mientras las baldosas del patio arden con el sol de mediodía. Entonces, nos preparamos para ir donde la Oma.

Para la Oma no hay paquetito, sino un billete para comprar flores. "A la Oma le encantan las flores", me había dicho el tío Juan. Camino al Tigre paramos en una florería y salimos con un inmenso ramo de rosas rojas y blancas. "¡Va a estar dichosa!", dice la tía Annie.

El Tigre, donde los ríos Paraná y Uruguay se hacen chocolate espeso, para dar nacimiento al Río de la Plata. El Tigre, extremo norte del Gran Buenos Aires, con su sabor a barrio trabajador y sus casas con zaguán, inundadas de olor a jazmín. La Oma sale a recibirnos. La Oma es ver a Margarita, pero en el año 2040.

El cabello rubio y lacio, ahora plateado y acomodado en la coronilla. El mentón pronunciado, la boca gruesa y bien dibujada, igual a la de Margarita y repetida una vez más en Ceci, su hija. (Esta misma boca... ¿en Alemania?... ¿Hace cien, doscientos años...?). Las manos grandes e inquietas, y los ojos... (¿Es que esa expresión se puede heredar?... ¿Es que esa luz también la tuvieron otras mujeres? ¿la madre de la Oma?... ¿la abuela de esta abuela?).

La Oma nos mira un poco asustada y entonces ve las rosas. Se las entrego y le explico que las mandan su hijo Gerardo y su nieta Margarita en el Canadá. Estira los brazos y me mira como diciendo: "Y ellos, ¿dónde están ellos?". Abraza las flores, las huele, me mira y unos lagrimones gordotes le empiezan a salir de muy dentro. Entonces, yo sé que la Oma ha vivido mucha, mucha historia.

"Gerard", dice, con esa "r" tan alemana, incluso después de sesenta años. Y continúa oliendo las rosas. "Margarita...ésa es Gretchen, Gretchen... ¿Cuándo vienen ellos?", me dice. "¿Dónde está mi hijo? ¿dónde está?". Yo la abrazo y le explico que esta vez ellos no han podido venir pero que le han mandado estas lindas flores. "Muy, muy pronto vendrán a visitarla", le digo. Ella me mira y huele las flores, mientras los lagrimones le siguen saliendo.

The house is only two or three blocks away. A small brick house, with red roof tiles. "Heat resistant," Uncle Juan explains. We give out the parcels and sit down to have a few "mates"\* while the patio burns in the mid-afternoon sun. Then, we get ready to go to Oma's.

For Oma there is no parcel, but a cheque -to buy flowers. "Oma loves flowers," Margarita had told me. "My mom loves flowers," Uncle Juan tells me. On the way to El Tigre we stop at a flower shop and come out with a huge bunch of red and white roses. "She'll be delighted," Aunt Annie says.

El Tigre, where the Parana and Uruguay rivers become thick chocolate and give birth to the La Plata river; El Tigre, the northern tip of the Great Buenos Aires, with its working class neighbourhood flavour and jasmine-scented corridors. Oma comes to the door. Oma looks exactly like Margarita, but in the year 2040.

The hair, blonde and straight is now silver and bundled on the crown of her head. A firm chin, a thick and well-delineated mouth, just like Margarita's and repeated, once again, in Ceci, her daughter. (This same mouth?... in Germany? ... One hundred, two hundred years ago?) The same big restless hands, and the eyes ... (Can that expression be inherited? Oma's mother? ... This grandmother's grandmother?)

Oma looks at us, a little frightened and then sees the roses. I give them to her, explaining that they

have been sent by her son Gerardo and granddaughter Margarita, in Canada. She puts out her arms and looks at me as if to say: "And they? ... Where are they?" She hugs the flowers, smells them and looks at me and fat tears come from deep inside her. Then, I know that Oma has lived much, much history.

"Gerhard," she says, with that German "r" even after 60 years. And she keeps smelling the roses. "Margarita... that is Gretchen, Gretchen... When are they coming?" She asks me. "Where is my son, where is he?" I hug her and explain that this time they were not able to come but that they sent the beautiful flowers. "Very, very soon they will come to visit you," I say. She looks at me and smells the flowers while the tears continue to roll down.

\*mate: green tea



Drawing by Dale Fuller

La casa está sombría y fresca. La planta baja alberga un gran taller de carpintería, todavía intacto después de quince años de haber muerto el abuelo. Subimos la escala crujiente mientras la Oma sigue hablándonos, ahora en alemán. "Cuando está muy emocionada sólo le sale el alemán", explica el tío Juan. Pero por esos milagros de la vida, yo, que no sé una palabra de alemán, le entiendo todo y miro la casa, hecha por las manos de la Oma y de su marido carpintero, en los años 30, cuando recién habían llegado de Alemania, empujados por la Depresión.

La salita está impecable con sus cortinas a crochet y sus muebles salidos del taller de abajo. Las flores se van a un gran jarrón y en ese afán de ser civilizados, nos sentamos todos pensando en las nimiedades que nos diremos para llenar silencios. Pero a la Oma ya no le queda tiempo para hablar de nimiedades. Por un rato sigue hablando en alemán y de a poco empieza a intercalar el castellano. El tío Juan y la tía Annie me explican que está arterioesclerótica, que no se acuerda de nada. Me piden que no le haga caso; se disculpan, me dan explicaciones. Yo me dedico a escuchar a la Oma.

Se vinieron el año 29, me cuenta. En un barco grande. Había gente que se moría en el viaje, sobre todo niños. Gerard tenía cuatro años en ese entonces. En Alemania no había trabajo, el dinero no valía nada. Entonces un día su marido le había dicho: "Emma, nos vamos a la Argentina a buscar tiempos mejores", y se habían venido en ese barco lleno de inmigrantes.

La Oma ya no llora. Sólo me mira con esa luz intensa que yo ya he visto en Margarita. Sólo que esta tarde, la luz de la Oma me penetra hondo; porque de pronto, sentada en esta salita del Tigre, me doy cuenta que la historia de la Oma es *mi* historia y la de mi hija, aquí a mi lado. Miro a la Oma, y me veo. Miro a la Oma y veo a tantas mujeres emigradas, exiliadas; mujeres que tuvieron que dejarlo todo y aprender a vivir de nuevo. Mujeres que criaron a sus hijos en otras geografías y otras lenguas, pero siempre aferrándose a esos recuerdos, cada vez más fantásticos, de la tierra lejana.

The house is shady and fresh. The ground floor shelters and elaborate carpenter's shop, still intact, fifteen years after the grandfather's death. We go up the creaky stairs while Oma continues to talk, now in German. "When she's excited or moved she only speaks German" Uncle Juan explains. But, because of one of life's miracles, I understand everything she says, though I don't speak a word of German. I continue to look at the house, built by Oma's and her husband, the carpenter's hands, in the thirties, when they had just arrived from Germany, pushed out by the Great Depression.

The small living-room is spotless, draped with crocheted curtains and furniture which has undoubtedly been crafted downstairs. The flowers find their place in a big vase and in an effort to act civilly, we sit down thinking of the small talk we will engage in to fill the silences. But Oma has no time left for small talk and little by little she begins to weave Spanish into her speech. Uncle Juan and Aunt Annie explain to me that she is senile, that she doesn't remember anything. They ask me to not pay attention to her; they apologize for her, explain. I concentrate on listening to Oma.

They came in 1929, she tells me. On a big boat. There were people that died on the journey, particularly children. Gerhard was four, then. In Germany there was no work, money was worth nothing. Then, one day, her husband said: "Emma, we are going to Argentina to look for better times," and they left on the big boat full of immigrants.

Oma is not crying anymore. She just looks at me with the intense light that I have already seen in Margarita. But, this afternoon, Oma's light penetrates deep, because all of a sudden, sitting in this small room in El Tigre, I realize that Oma's story is my story and my daughter's story, who sits here beside me. I look at Oma and see myself. I look at Oma and see so many exiled, immigrant women; women who left everything behind and learned to live again. Women who brought up their children in other lands and other tongues, always holding on to the increasingly fantastic memories of the faraway country.



Drawing by Rini Templeton

"Nunca más volví, nunca más..." me está diciendo la Oma ahora. "Nunca más ví a mi madre, a mi padre, a mis hermanos. Trabajamos mucho cuando llegamos acá. La Argentina nos ha tratado muy bien. Tuvimos tres niños más, de a poquito construimos la casa; fueron muchos los sacrificios. Nunce más volvimos, nunca... Todos mis hijos tienen su oficio, Herman es mecánico, Gerard es plomero, Juan es techero y Hilde es secretaria. Salimos adelante..."

"Y un día, un día Gerard vino y me dijo: 'mamá, nos vamos al Canadá. La situación acá está muy mala, nos vamos al Canadá a buscar tiempos mejores'. ¿Qué podía decirle yo? La situación acá estaba mala. El ya tenía su familia; era su decisión; el año 29 nosotros nos vinimos de Alemania... la situación estaba mala. Gerard tenía cuatro años. Se portó muy bien en el barco, no le pasó nada. ¿Cuántos hijos tiene Gerard? ¡Ah, sí! Cuatro hijas... ¿cuatro hijas? ¿ni un varón? ¿Gerard no tuvo ni un varón?... Gretchen, la mayor, sí me acuerdo de Gretchen... ¿Por qué no vienen para acá? La situación no está mala acá ahora... Yo nunca más volví..."

Esa noche, caminando por las bullentes calles del Gran Buenos Aires, no era sólo a mi madre a la que buscaba. También estaban la sonrisa de la Oma, parada en la puerta de su casa del Tigre, y los gestos de tantas hermanas mías, repartidas por el mundo, paradas en las puertas de sus casas, diciendo "hola", diciendo "adiós" en quien sabe qué idioma... pero con su propio acento.

"I never went back, never..." Oma is saying now. "I never saw my mother, my father, my brothers and sisters again. We worked hard when we arrived in Argentina. This country has treated us well. We had three more children and little by little we built this house; there were many sacrifices. We

never went back. All my children have a trade, Herman is a mechanic, Gerhard is a plumber, Juan is a roofer and Hilde is a secretary. We made it... I never went back."

"And one day, one day Gerard came to me and said: 'Mom, we are going to Canada. The situation here is very bad, we are going to Canada to look for better times.' What could I say? The situation here was bad. He already had a family of his own; it was his decision. In 1929 we came from Germany ... the situation was bad. We never went back. Gerard was four. He behaved so well on that boat, nothing happened to him. How many children does Gerard have? Oh, yes. Four daughters ... Four daughters? Not even one boy? Gerard didn't even have one boy? Gretchen, the oldest, yes, I remember Gretchen ... Why don't they come? The situation here is not bad anymore ... I never went back..."

That evening, walking on the bustling streets of the Great Buenos Aires, it was not only my mother's eyes that I went searching for. There was also Oma's smile, standing at the door of her El Tigre house

and the expressions of so many of my sisters, spread around the world, standing at their doors, saying "hello," saying "good-bye" in who knows what language ... with their own accent.

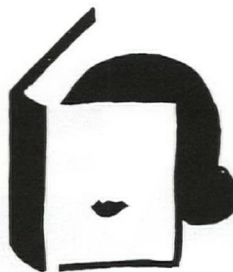
Translation by Carmen Rodríguez and Heidi Neufeld

Drawing by Dale Fuller



**IV Feria Internacional del LIBRO FEMINISTA**  
Del 19 al 23 de junio de 1990  
Barcelona, España

Para obtener un programa de actividades, escribir a:



**IV International FEMINIST BOOKFAIR**  
June 19 - 23, 1990  
Barcelona, Spain

To obtain a program of activities,

write to:

María José Aubet  
Valencia 302  
08009 Barcelona  
España /Spain